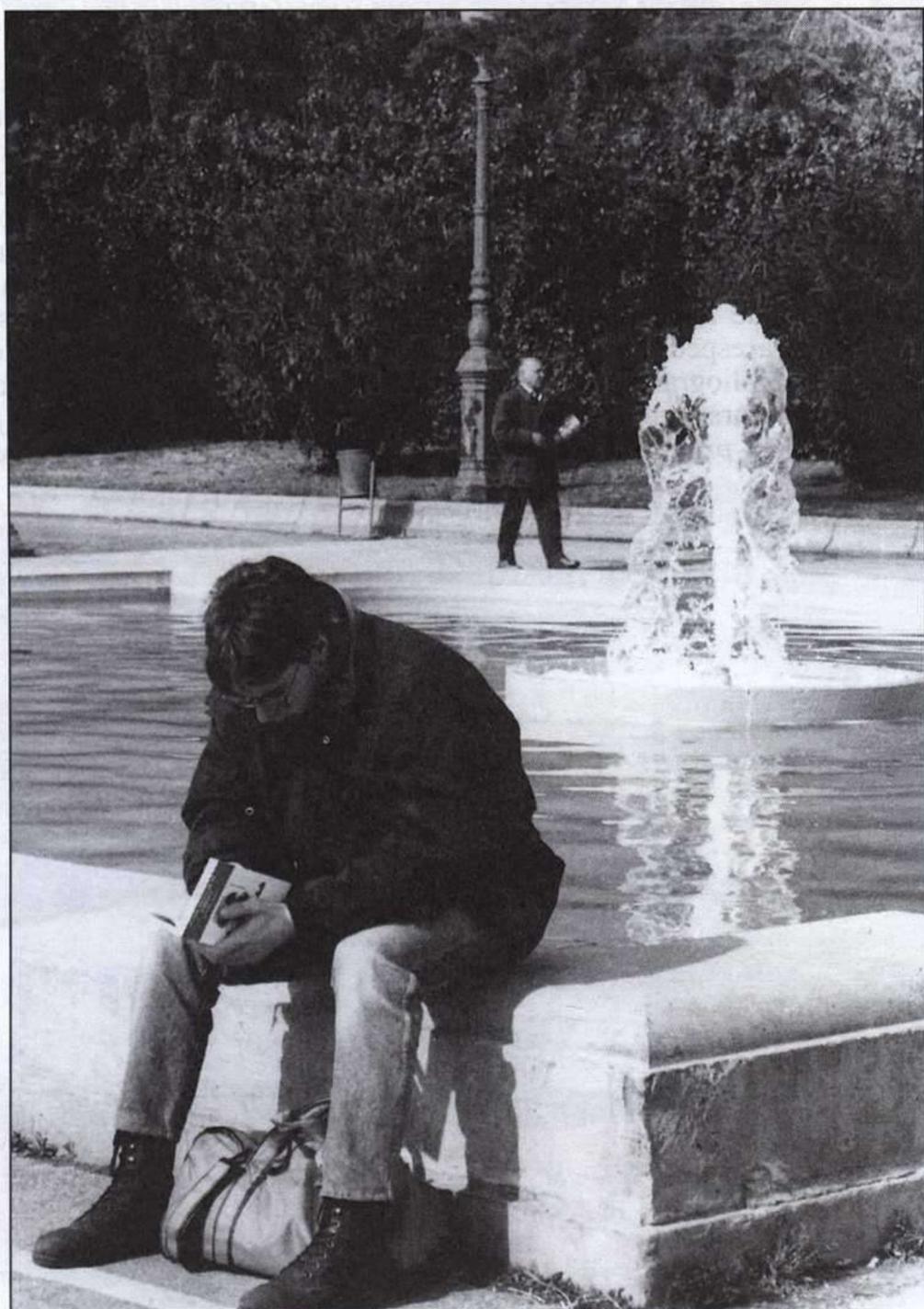


EN TEORÍA

# Literatura juvenil: las reglas del juego

por Emili Teixidor\*

*La importancia de los libros destinados a los jóvenes radica en el hecho de que, a través de ellos, las nuevas generaciones pueden desarrollar y afirmar su identidad, escoger su lugar en el mundo y, en definitiva, dar forma y significado a sus experiencias. Es pues mucha la responsabilidad que recae sobre esta especialidad literaria que, como cualquier otra, debe estar sujeta a unas normas de género que no siempre se respetan y que, muy a menudo, la convierten en un saco donde cabe todo. Sobre todo ello trata el siguiente texto, el primero de una serie sobre la literatura juvenil.*



ANA PEYRI



ANA PEYRI.

Uno de los libros de más éxito internacional en la actualidad es un libro para adolescentes. Claro que se trata de una obra escrita para los jóvenes que leen los adultos, y eso disimula un poco su condición. Se trata de *El mundo de Sofía*, de Jostein Gaarder. No importa que el autor quisiera escribir una novela para jóvenes «que buscan el sentido de la vida —según uno de los comentarios que se leen en la contraportada de la edición española— y, sin embargo, ahora *El mundo de Sofía* se haya convertido en un libro de culto para adultos».

Las intenciones del autor son claras y utiliza para su trabajo unos cuantos elementos de los que definen a la mejor literatura juvenil: la búsqueda de la identidad por parte de la protagonista, la implicación del lector en el desarrollo de esa identidad, la utilización de fórmulas de literatura popular que en ese caso es la de misterio, el respeto total a la edad de los

lectores ideales sin transgredir en ningún momento los *secretos* que preservan esa edad de los *misterios de la vida*, atención a presentar o apuntar algunos de esos *misterios* de forma psicológicamente adecuada para que no dañen en ningún caso la maduración de los lectores jóvenes, una intención didáctica manifiesta en la exposición leve y entretenida de la historia de la filosofía, los apuntes éticos sobre formas de vida y el subrayado claramente favorable a los derechos de la mujer y a su olvido a lo largo de la historia sin agresividad... Y muchos rasgos más, que encontramos en algunas de las mejores creaciones del género.

### Obras de arte, más allá de las normas

El hecho de que *El mundo de Sofía* se haya convertido en un éxito de ventas para adultos no debe sorpren-

arnos. En muchas bibliotecas, libros tan excepcionales como *Peter Pan* o *Alicia en el País de las Maravillas* se encuentran clasificados entre las lecturas recomendadas a partir de los 6 años, cuando sólo los adultos —y no todos— son capaces de leerlos con provecho total. ¿Cómo puede interpretar un niño, e incluso un adolescente, una obra como *Peter Pan*, que en las primeras frases de su primer capítulo afirma que «los dos años son el principio del fin» o que en el capítulo catorce aconseja adivinar muchas cosas a los que «saben leer entre líneas», y más adelante confiesa que muchos niños no conocerán nunca «la única alegría de la cual él siempre estará excluido?»...

Todas las grandes obras saltan las barreras del género para presentarse como ejemplares únicos y en cierto modo irremplazables de ese reino del arte que llamamos Literatura. Y así todos aceptamos que *Don Quijote* es mucho más que un libro de caballe-

rías, *Moby Dick* mucho más que un libro de aventuras, *La princesa de Cleves* mucho más que una novela psicológica... Pero eso no demuestra —más bien lo contrario— que no existan novelas de caballerías, novelas de aventuras, novelas psicológicas y todas las novelas que cumplen las reglas del género y que precisamente, si los ejemplos citados escapan a la clasificación estricta, es porque van con mucha más ambición más allá de las normas, pero partiendo de ellas y en muchos casos criticando sus defectos, demostrando sus limitaciones y destruyendo los tópicos en que se fundan.

Para acabar con el primer ejemplo, no imagino un lector adulto con buena formación filosófica —cosa que, tal como van los planes de enseñanza, será cada día más raro y el éxito del libro debería mover a reflexión a las autoridades educativas sobre las carencias académicas— que se interese por la lectura de *El mundo de Sofía* más que como agradable curiosidad. El género —la novela filosófica e incluso el teatro— no es nuevo, y los ejemplos de autores que lo han elegido para dirigirse a lectores adultos van desde Diderot a Unamuno.

Pero la utilidad de *El mundo de Sofía*, precisamente por lo que tiene de obra de género, sirve para apuntar el problema de la necesidad de una literatura juvenil que no se avergüence de serlo, que sea juzgada como lo que es y no como un subproducto de la gran literatura, que haga progresar las técnicas del género propio para conseguir el interés más amplio, y si en el empeño surgen grandes obras que se sitúan en el foco de atención de todo tipo de lectores..., tanto mejor.

## La edad de la razón

Una de las frases de *El mundo de Sofía* es que «el sistema escolar data de la Edad Media, y la pedagogía de la Ilustración». Hay psicólogos que sitúan en 1950 la aceptación de la idea de adolescencia, surgida hacia 1904, y a ese respecto podemos recordar que varias religiones consideran desde

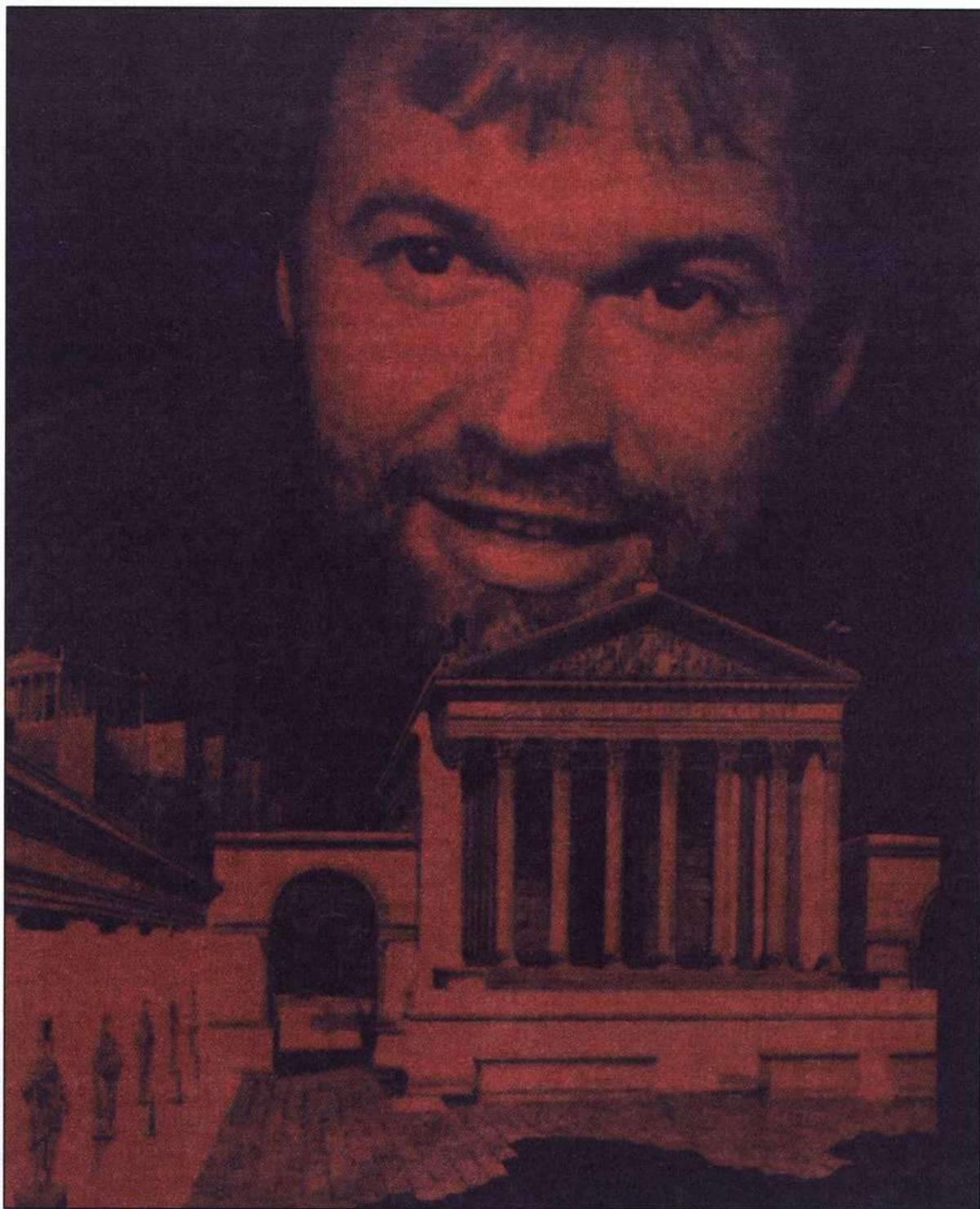


F.D. BEDFORD, PETER PAN, PALMA DE MALLORCA: J.J. DE OLAÑETA, 1991.

antiguo los 7 años como la edad de la razón. Y podríamos hablar largo y tendido de lo que en épocas pasadas consideraban libros para niños y jóvenes. Épocas en las que cuando no consideraban que el arte de la infancia era lo más representativo de la infancia del arte, como es el caso de los bellísimos cuentos de hadas o cuentos populares, se fabricaba una literatura *ad usum delfini*, para uso de los elegidos por la fortuna que podían estudiar, y una de cuyas obligaciones era la de conservar y transmitir a las generaciones futuras el gran legado artístico de la humanidad. Pero, entre nosotros, la escolaridad obligatoria, gratuita y más o menos laica y hasta los 16 años, no ha llegado hasta ahora mismo. En consecuencia, en los últimos tiempos la industria cultural,

atenta al nuevo mercado, ha multiplicado los títulos y el interés por los libros destinados en primer lugar a los jóvenes.

Hablo de los jóvenes, y no de los niños. Pienso que la literatura infantil es —o debiera ser— otra cosa. Muchas clasificaciones lectoras dividen al lector desde los 0 años a los 6, en una primera etapa más oral que escrita, en la que los lectores, más que leer, son leídos, y en la que la significación afectiva del texto es primordial. En esa primera etapa, el lector confunde la lectura con el juego y necesita el apoyo de los mayores para pasar de la realidad a la fantasía en un clima de confianza que le facilite el tránsito por los dos mundos sin riesgo. Piaget dice que se trata de una pura asimilación del pensamiento egocéntrico,



Jostein Gaarder, autor de *El mundo de Sofía* (Siruela, 1994).

convirtiendo el mundo en lo que el niño quiere que sea, más bien que en lo que es.

Lo que más interesa de esa etapa es constatar que la fantasía es un elemento indispensable para el desarrollo del primer lector. Pero, ¡ay, fantasía!, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre! ¿Cuántas madres, maestros o psicólogos, han llevado un diario de las reacciones que suscitan los primeros libros en los niños de esas edades? ¿Cuántos autores se han fabricado su *gramática de la fantasía*, en esa tierra de nadie infantil sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, ni sobre todo al indefenso lector?

La siguiente etapa sería la comprendida entre los 6 y los 12 años, en la cual el lector intenta satisfacer, a través de los libros, su necesidad de

imaginarse a sí mismo como el personaje principal con autosuficiencia para resolver sus problemas. En esa etapa, leer no sólo hace imaginar el mundo estructurado en forma de historia, sino que también presenta la imagen del rol del lector en el mundo. Aquí entraría aquella teoría de la lectura que nos advierte que leemos —interpretamos— la vida como si se tratara de libros —o de historias leídas en los libros— y la actividad de la lectura consiste no sólo en desentrañar el significado del texto, sino también en comprender nuestra propia situación en el mundo, tanto de modo particular como históricamente, de modo que alcancemos sus dimensiones más durables e inevitables.

«Es la época en que el lector es consciente de sus sentimientos priva-

dos, de su vida secreta, a la vez que empieza a desear la integración y aceptación de su grupo de pares. La combinación de situaciones idénticas y diversas, de la novedad unida a la regularidad, ha llevado al éxito a muchos autores y a muchos libros —todas las series que repiten los mismos protagonistas, todas las obras de grupos de amigos o pandillas de compañeros...— que han utilizado ese esquema *grupál*. Es la búsqueda del deseo íntimo para conseguir una plenitud que nos liberará de las ansiedades de la realidad, conteniendo esa misma realidad.

Pero, ¿cuántos críticos nos han ayudado con el análisis de esas obras? Se me ocurren los comentarios de Felicidad Orquín o de M.E. Ventalló, como en la etapa anterior las sugerencias de Fernando Martín o Teresa Duran, y pocos más. ¿Cuántos educadores han observado, anotado y publicado los beneficios o perjuicios de esas obras? ¿Cuántos se han interesado por la polémica generada en Inglaterra por las obras de Enyd Blyton sobre la conveniencia o no de incluirlas en las listas de libros recomendados en las escuelas? Precisamente, una de las críticas más fuertes que se hacían a la autora era el abuso hasta la náusea de los tópicos del grupo, la pobreza de sus argumentos y las limitaciones de su vocabulario. Pero en ese caso nadie duda que se trata de una autora y de unas obras de género, castigada por los adultos y adorada por los jóvenes, precisamente por magnificar los defectos y las virtudes del género.

### Literatura juvenil, el género y sus reglas

Una literatura que prescinde del sexo y de la muerte en toda su complejidad, ¿cómo no va a ser una literatura limitada por unas normas? Lo más nuevo es la aparición de un público entre los 13 y los 17 como grupo lector *masivo*. La escolarización, fundamentalmente, pero también factores como la transformación de la familia en institución educacional, la nueva

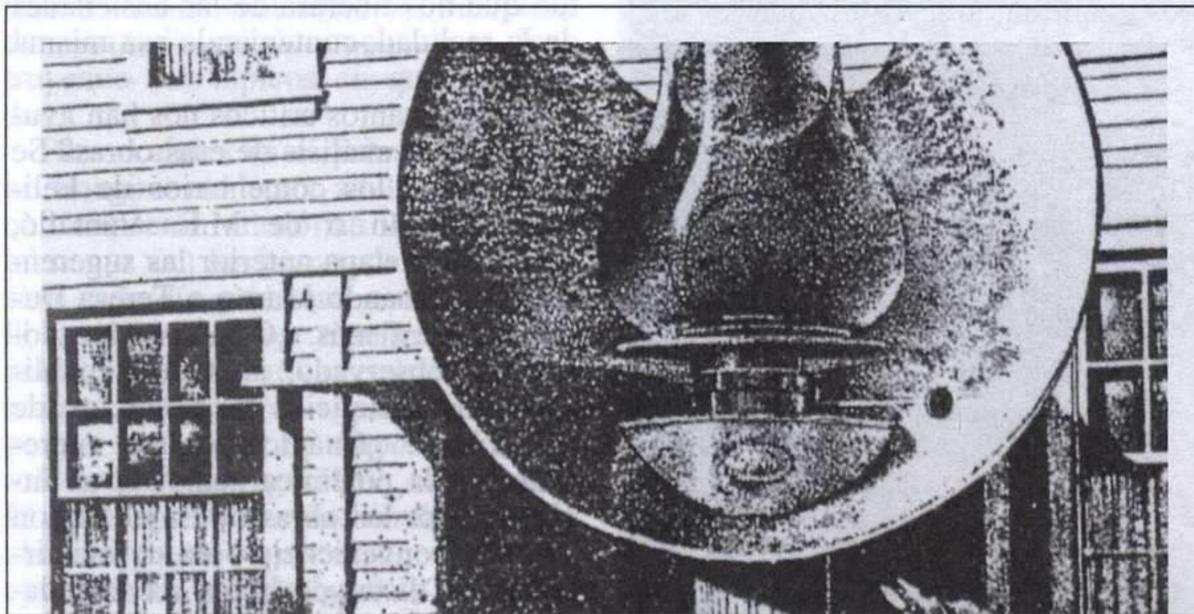
comprensión de educadores y padres del papel insustituible de la lectura como instrumento de formación intelectual, el rechazo del empresariado de los *analfabetos secundarios*, el acceso de la población a sectores de mayor nivel cultural caracterizados por entre la *elite cognoscitiva* y el *proletariado cognoscitivo*, la participación activa en el sistema democrático para la cual la capacidad y disposición hacia la lectura influyen directamente

según Neil Postman..., y muchas otras razones, de sobra conocidas, han contribuido a la formación de ese grupo y a la necesidad de crear para ellos lecturas que les faciliten el acceso y la comprensión de las grandes obras, a la vez que traten los problemas surgidos por las nuevas situaciones.

Es evidente, que a partir de los 12 años, o de la primera adolescencia para ser más flexibles, el lector puede acceder a muchas obras de primera lí-

nea. Pero no podemos suponer esa capacidad a toda la población. La falta de criterios sobre el género que se destina a esos lectores, hace que demasiadas veces los buenos sentimientos, la moral más cómoda y convencional, los tópicos más manidos, y en el peor de los casos, los intereses de las *instituciones* que velan por su formación *interesada*, sean las únicas normas con que se juzga esa literatura. Se dirigen más a formar buenos ciudadanos que buenos lectores.

Los objetivos no son incompatibles, pero no son necesariamente los mismos. Así cuelan por ese agujero sucedáneos de otros géneros que, en algunos casos, no serían aceptados en la literatura *adulta* por no llegar al nivel adecuado. Cada género tiene sus reglas, y así, por ejemplo, las obras de ciencia-ficción o de detectives no pueden repetir los métodos de detección o de nivel científico empleados en narraciones anteriores. Excepto si van destinadas a un público infantil o juvenil, para el que parece que todo vale y la progresión de temas y técnicas de tratamiento se producen con una anarquía peligrosa para la salud y



ca, cuya naturaleza depende fundamentalmente del lector. Cualquier autor que escriba con una intención demasiado determinada, no hace literatura sino propaganda. Del mismo modo, los autores que se sirven de un tema para producir determinados efectos corren el peligro de degradarlo, rebajar su calidad, e incluso destruirlo.

La importancia de los libros destinados a los jóvenes no radica en la moral que puedan contener, sino en el hecho de que a través de esas lecturas los jóvenes pueden desarrollar y afirmar su identidad y escoger su lugar en el mundo cambiante y ambivalente que se presenta ante sus expectativas. La literatura, la ficción, es un elemento esencial para una compren-

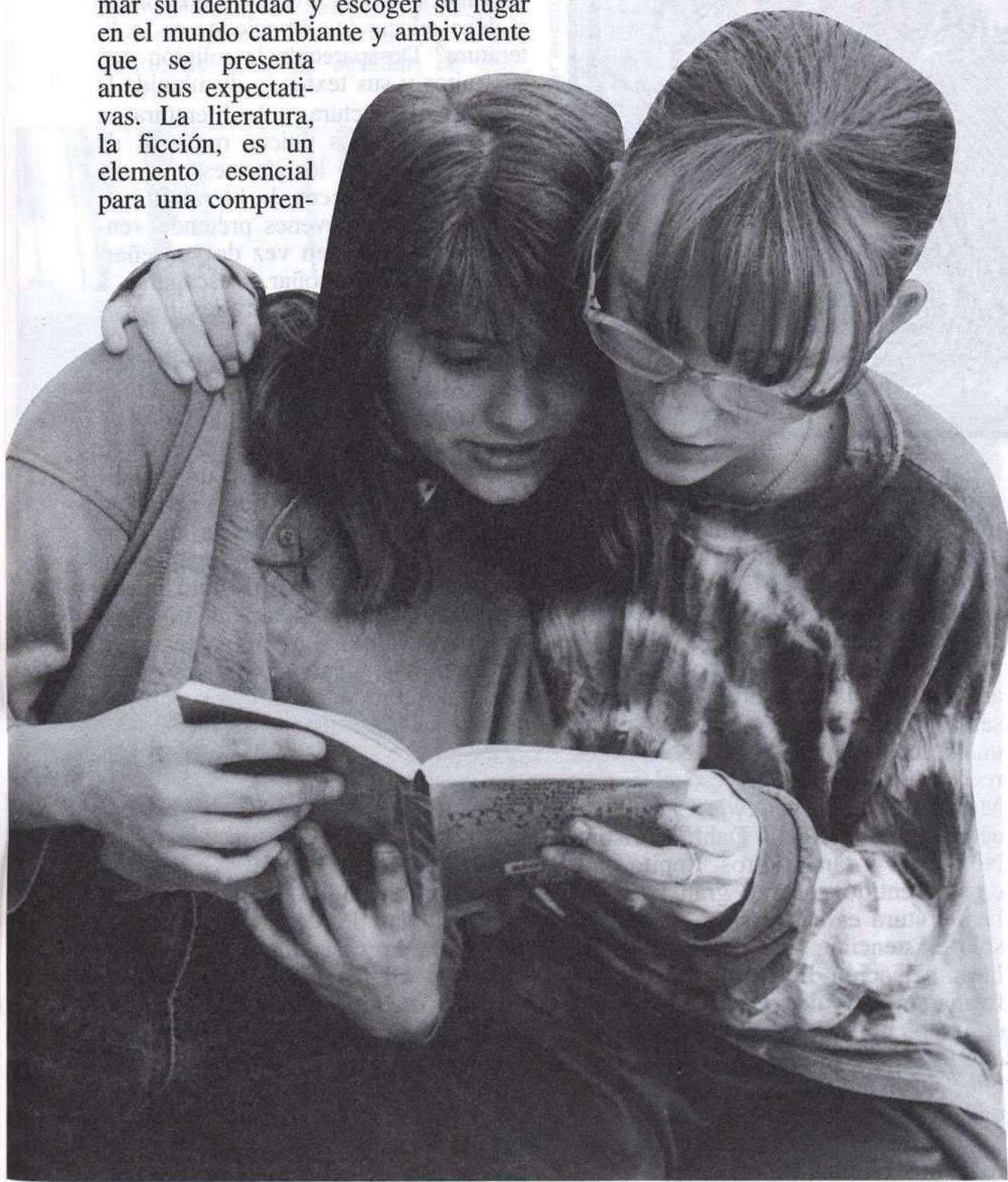
sión completa de la realidad, de modo que, como aseguran muchos psicólogos, «no podemos pensar, actuar ni desear, más que en forma de narración», y la estructura narrativa nos ayuda a dar forma y significado a nuestras experiencias, ordenándolas en capítulos, buscando sus causas y efectos, señalando principios y finales, estableciendo similitudes y distinciones..., en resumen, transformando nuestras vidas en literatura.

En esa edad, los lectores adolescentes empiezan a descubrir que las con-

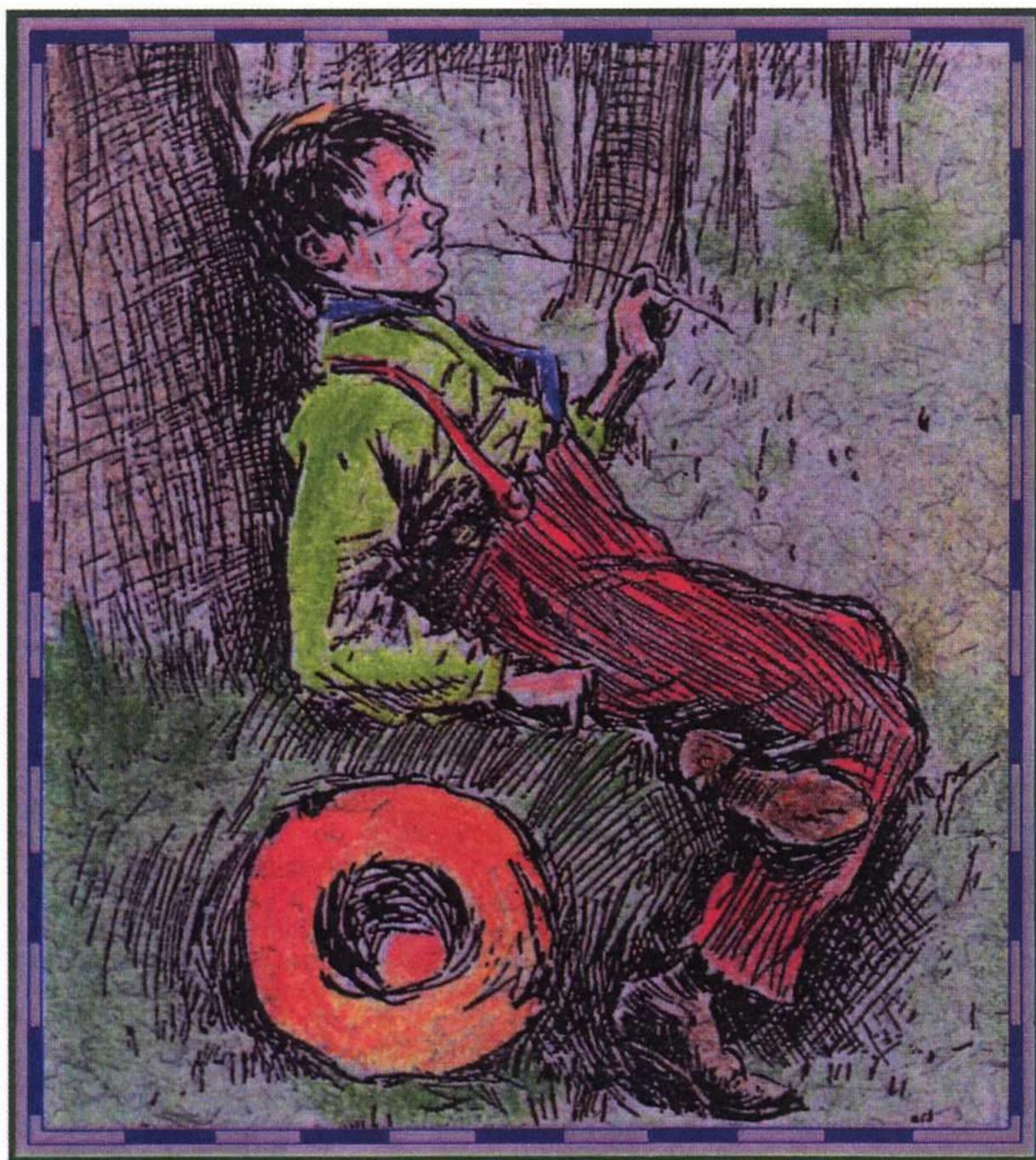
venciones de la literatura juvenil no se adaptan a la complejidad de sus nuevas experiencias. Pero, a la vez, fieles como serán a sus obsesiones, comenzarán a transformarse en el lector práctico que acabamos siendo todos y aprenderán a pedir y esperar de cada autor, de cada título, aquello que puede darles. Simultanearán los nuevos mundos ficticios, con las novelas de género según sus aficiones —ciencia-ficción, novela negra, aventuras...—, y es en ese contexto donde se ha ido colando una literatura deudora de muchos géneros, sin conseguir establecer claramente sus límites y sus ambiciones.

A esa literatura de género el lector le exige satisfacciones inmediatas, la fascinación de mundos tentadores —el terror, el misterio, la transgresión...—, frente a los que tiene sentimientos ambivalentes, la necesidad de identificarse e incluso purgarse con casos psicológicamente accesibles, cuyas experiencias vicarias pueda integrar plenamente en su maduración.

¿Se pueden formular esas exigencias, en reglas? Debiéramos añadir la de gradación de dificultades de técnica literaria para no poner demasiadas trabas al placer de la lectura, la del rechazo hacia cualquier forma de demagogia (y se hace demagogia cuando se narra lo que no se ha investigado, o cuando se sustituye la información auténtica por los tópicos peor establecidos o más moralizantes, en definitiva, cuando *se engaña* de cualquier forma al lector, aprovechándose del privilegio de ser un autor y un adulto que se dirige a un auditorio confiado de menor edad y experiencia), la de descubrir temas nuevos propios de esa edad (por ejemplo, el tema que trata Gemma Lienas en *Así es la vida, Carlota*, que es el de una chica a la que no le llega la menstruación, contado en forma desdramatizada e incluso divertida, que resulta emocionante para las lectoras, instructivo para lectores al ayudarles a comprender mejor la alteridad de la pareja, e irónico o nostálgico para adultos), y muchas más que los mismos autores irán descubriendo y los críticos evaluando.



ANA PEYRI



E.W. KEMBLE, LES AVENTURES DE HUCKLEBERRY FINN, BARCELONA: BARCANOVA, 1992.

## Enseñar a imaginar

Un elemento importante es la personalidad del autor. Ninguna norma puede sustituirla. El mundo personal del artista es otro de los elementos constitutivos. Y un gramo de transgresión. Nadie lee, y menos los jóvenes, lo hemos dicho en otras ocasiones, para enterarse de lo que ya sabe. O para ser mejor. Los lectores descubren pronto que «los placeres de la bondad se centran en sí mismos, mientras que los de la maldad son muchos y mucho más variados». Y de satisfacción más inmediata.

En las novelas policíacas, no es igual el clima ni el lenguaje de las obras de Agatha Christie, que las de Simenon o las de Andreu Martín o Juan Madrid. Pasar la personalidad y las obsesiones del autor por el blanqueo del género ternurista o tintes similares no ayuda para nada al vigor del género. Y la propiedad de muchas

editoriales en manos de órdenes religiosas o instituciones filantrópico-creativas no es ninguna garantía, dicho sea salvando el esfuerzo de muchas de ellas en favor del libro, e incluso de la buena literatura.

No olvidemos el purgatorio que las academias y las censuras hicieron pasar a Mark Twain (sus obras fueron una reacción contra «los buenos libros recomendados por las escuelas»), a Maurice Sendak, a Lewis Carroll... y actualmente a Roald Dahl, Christine Nöstlinger y tantos otros. Repito que, en un sentido general, gran parte de la literatura es subversiva, ya que su sola existencia es un grito a favor de la imaginación libre, del arte como forma suprema de vida, de la palabra como fuente de orden y libertad, en contra de los valores del mundo real, que son el poder, el interés, la vanidad y las recompensas de todo tipo.

«Frodo lives», pintaban en las paredes los estudiantes en sus protestas.

Con ello reivindicaban su parcela de felicidad a través de la imaginación. Acudían al mundo de Tolkien para saciar una imaginación secada en unas aulas y enseñanzas esterilizantes. Porque ésa es otra las funciones —o reglas— que esa literatura debe proporcionar a los jóvenes: una parte, una reserva, de felicidad. ¿Han reparado, las autoridades académicas, en que prácticamente la única materia que queda en unas escuelas y unos programas educativos en exceso tecnificados y dirigidos a desarrollar las facultades racionales, la única materia que puede y debe educar las emociones es la literatura? Desaparecida la religión con sus mitos y sus textos, y disminuida la filosofía, la lectura y la literatura se convierten en los únicos maestros de las emociones de los jóvenes.

Demasiadas veces, la literatura que se dirige a los jóvenes pretende «enseñarles a vivir» en vez de «enseñarles a imaginar, a soñar, a escaparse, a huir». Y pretende mostrarles los caminos seguros de la vida, en vez de animarles a seguir los caminos arriesgados del arte. Para mostrarles la cara más actual y visible de la vida, ya está la televisión. No nos quejemos si muchos la prefieren. Entre un mal libro inauténtico sobre la guerra de Bosnia, o un buen reportaje en imágenes sobre la misma tragedia, la elección es clara. La literatura puede ir más allá, profundizar mucho más. Es difícil valorar un libro que no te da respuestas, y entender que es mejor que uno que te da soluciones, pero no te deja nada en qué pensar.

## El libro, la materia de nuestros sueños

Quedan muchas cosas, además de las apuntadas. Por ejemplo, ¿por qué no se habla casi nunca de poesía, cuando nos lamentamos de la falta de lectura o de la poca lectura en nuestro país? «¿Qué podemos esperar de la juventud, si no lee poesía?», se preguntaba un profesor admirable. «Si los jóvenes no se han partido el corazón por causa del lenguaje, ¿no serán capaces de subir ni el primer pel-

daño para llevar una vida mínimamente civilizada?»

Y una de las tareas más urgentes es acercar la poesía a los niños, a los jóvenes. Gloria Fuertes lo ha hecho con dignidad, gracia, categoría. Sin bisutería barata y sin engaños. Iba a añadir con alegría, pero el fondo irónico-amargo de muchas de sus composiciones, perfectamente captado por todos sus lectores, me lo impide. Así como Cela disfrazaba su ternura de crueldad, Gloria Fuertes disfraza su amargura con risas. Pero, ¿por qué no lo han intentado más autores? Quizá porque, prisioneros del tema, del argumento, del afán de agradar, de aba-

ratar, de halagar a los lectores, la poesía traicionaría sus intenciones.

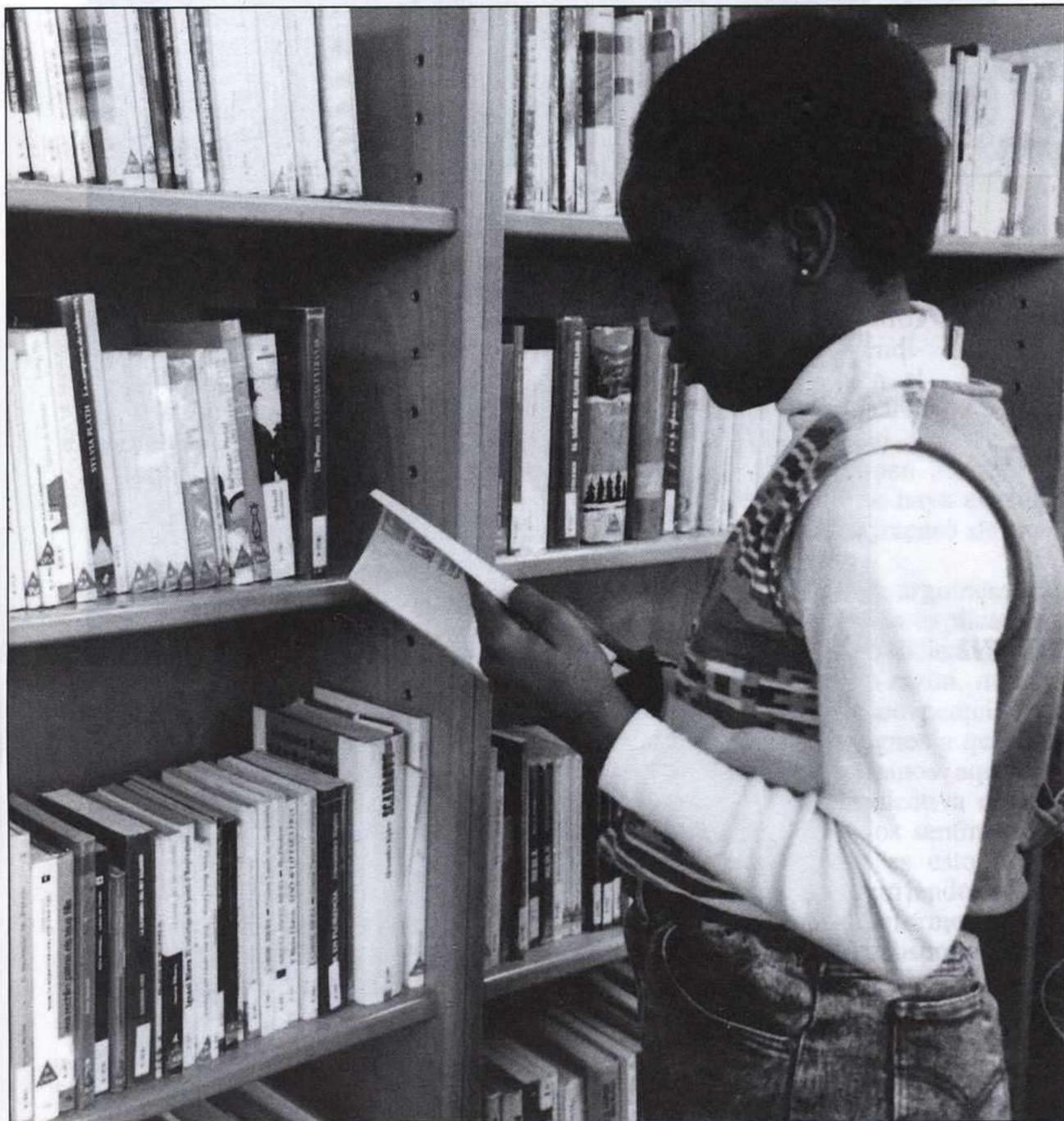
Pero toda literatura no es más, en último término, que un fuego imaginativo que sólo podemos encender con palabras. Y el libro, sobre todo el dirigido a los jóvenes, debe ser como un breviario de amor a las palabras, la primera materia de nuestros sueños.

Recuerdo ahora con emoción narraciones de Juan Valera (*El espejo de Mat-Suyama*) o poemas de Bécquer y Lope de Vega, de una antología de mis primeras lecturas escolares, o las obras de Salgari, Verne y otras de autores lamentablemente olvidados, y comprendo las afirmaciones de mu-

chos especialistas al decir que, desde que cesamos de pensar en términos de iniciación para hacerlo en términos de experiencia, nos vemos obligados a constatar que el individuo que lee, por ejemplo, *Babar*, por primera vez, pasa por una experiencia tan única y absorbente como el que lee por primera vez *Los hermanos Karamazof*.

¿Qué rasgos confieren su especificidad y su dignidad a la literatura infantil-juvenil? ¿Cómo deslindar las obras excelentes de las mediocres? ¿Cómo detectar la explotación embrutecedora que utiliza los temas más anestésicos y los temas más monótonos?... He intentado apuntar algo de eso en los párrafos anteriores. Seguro que la reflexión de muchos compañeros y la ayuda de una crítica más exigente que exponga sus juicios y sus prejuicios, ayudará.

Por fortuna, la naturaleza ha dotado a los jóvenes de una sólida autodefensa. Muchos de ellos contemplan a los adultos con los ojos del Pequeño Nicolás, sin muchas ilusiones, pero con delicadeza y generosidad. La juventud comprende pronto que los mayores les miran, a ellos y a sus problemas, con una nostalgia infinita, con una nostalgia que les come por dentro. Y lo mínimo que pedirían, si se atrevieran, sería que las lecturas que les recomiendan o dirigen no sirvan para alimentar esa nostalgia que es sólo suya, de los mayores. Hay un deseo de señalar a los jóvenes los caminos que han seguido los adultos, sin cuestionarse a fondo adónde conduce ese camino. Y así, pocos adultos empujan a los jóvenes hacia lecturas que representen caminos nuevos, nuevas aventuras, nuevos descubrimientos. El problema no consiste en dar a los jóvenes un mundo a nuestra imagen y semejanza, en acostumbrarles a un mundo gastado y rutinario, sino en afinar el oído para percibir sus aspiraciones y abrir caminos imaginarios que puedan transitar con la ilusión de sentirse capaces de continuar la evolución de nuestro mundo hacia metas cada vez más humanas. En compañía de las palabras. ■



ANA PEYRÍ.

\* **Emili Teixidor** es escritor.